

tivos de esta índole. Cuando un parisiense ve á esta baronesa paseando por un bulevar, se sonríe y la condena sin admitir, como el jurado actual, circunstancias atenuantes. El burlón es siempre un ser artificial y, por consiguiente, cruel.

—Lo más hermoso que encuentro en Bixiou, es que es completo—dijo Blondet.—Cuando no se burla de los demás, se burla de sí mismo.

—Blondet, te agradezco la lisonja—dijo Bixiou con tono picaresco.—Si aquella baronesa era superficial, abandonada, egoísta é incapaz de calcular, la responsabilidad de sus defectos corresponde á la casa Adolfus y Comp.<sup>a</sup>, de Manheim, y al amor ciego del barón de Aldriger. Mansa como un cordero, aquella baronesa tenía el corazón tierno y fácil de conmover; pero desgraciadamente, su emoción duraba poco y por consiguiente se renovaba frecuentemente. Cuando el baron murió fué tan grande y tan verdadero su dolor, que la baronesa estuvo á punto de seguirle, pero... al día siguiente, en el almuerzo, le sirvieron guisantes, que le gustaban mucho, y aquellos deliciosos guisantes calmaron su crisis. Era tan ciegamente amada por sus dos hijas y por sus criadas, que toda la casa celebró aquella circunstancia, que les permitió ocultar á la baronesa el doloroso espectáculo del entierro. Isaura y Malvina ocultaron sus lágrimas á aquella madre adorada y lograron entretenerla en escoger los trajes de luto mientras se cantaba el *Requiem*. Cuando un ataúd está colocado bajo aquel gran catafalco negro y blanco manchado de cera que ha cobijado trescientos mil cadáveres de gentes distinguidas sin haber sido reformado, y cuando el bajo clero, indiferente á todo, canta el *Dies iræ*, ¿sabéis lo que dicen los amigos vestidos de luto que se hallan en la iglesia? Mirad, ¿los veis? «¿Cuánto creéis que deja el papá Aldriger?» decía Desroches á Taillefer.

—¿Es que Desroches era ya procurador entonces?

—Empezó á ejercer en 1822—dijo Couture,—lo cual no deja de tener mérito tratándose de un pobre empleado que no había ganado nunca más de mil doscientos francos y cuya madre tenía un estanco. Pero trabajó mucho de 1818 á 1822. Entró de cuarto pasante en casa de Derville, y en 1819, era ya segundo.

—¿Desroches!

—Sí—dijo Bixiou.—Desroches ha pasado como nosotros

grandes apuros. Aburrido de llevar trajes demasiado estrechos y mangas demasiado cortas, estudió la carrera de derecho por desesperación y acabó por tomar el título. Procurador sin un céntimo, sin clientela y sin más amigos que nosotros, tenía que pagar los intereses del importe de su cargo y de la fianza.

—En aquella época me hacía el efecto de un tigre escapado del jardín de plantas—dijo Couture.—Delgado, con cabellos rojos, ojos color de tabaco, tez basta, aire frío y flemático, era el terror de sus pasantes, á quienes no les permitía perder el tiempo, y era, además, instruido, ladino, dotado de agradable locución y no se acaloraba nunca.

—Tiene, además, la buena cualidad de que quiere á sus amigos; buena prueba de ello es que su primer cuidado fué tomar de primer pasante á Godeschal, el hermano de Marieta.

—En París—dijo Blondet,— el procurador sólo es de dos clases: hay el procurador honrado que se atiene á los límites de la ley, que no corre tras los negocios, que aconseja á sus clientes y les hace transigir en los puntos dudosos, un Derville, en fin; y después el procurador famélico que lo juzga todo bueno con tal que tenga aseguradas las costas, que derriba y vende, no ya montañas, sino planetas enteros, y que trabaja por el triunfo de un pillo sobre un hombre honrado, cuando por casualidad el honrado tiene algún punto vulnerable. Nuestro amigo Desroches ha comprendido su oficio y ha tenido razón en decidirse á salir de la miseria. Encontró protectores en ciertos políticos, salvando sus embrollados asuntos, como ocurrió con Lupauleux, cuya posición era tan comprometida. Necesitaba hacer esto para salir de apuros, porque Desroches empezó á ser muy mal visto en los tribunales. Pero, vamos á ver—Bixiou,—volvamos á lo nuestro, ¿por qué estaba Desroches en la iglesia?

—Aldriger deja setecientos ú ochocientos mil francos—respondió Taillefer á Desroches.—¡Ah! sólo una persona conoce su fortuna—dijo Werbrust, un amigo del difunto.—¿Quién?—Ese tuno de Nucingen, y le acompañará hasta el cementerio; pues Aldriger ha sido su principal, y por agradecimiento hacía producir el capital del buen hombre.—Su viuda encontrará una gran diferencia.—¿En qué sentido lo toma usted?—¡Amaba tanto Aldriger á su

mujer! No se ría usted, nos miran. — Toma, ya está aquí Tillet, con mucho retraso, pero llega á la Epístola. — Se casará, sin duda, con la mayor. — ¿Es posible? — dijo Desroches; — está más unido que nunca con la señora Roguin. — ¡Él! ¿él unido?... no lo conoce usted. — ¿Sabe usted la posición de Tillet y de Nucingen? — preguntó Desroches. — Ésta — dijo Taillefer: — Nucingen es hombre capaz de devorar la fortuna de su antiguo principal y de devolvérsela... — ¡Je! ¡Je! — hizo Werbrust. — Hace una humedad horrorosa en las iglesias, ¡je! ¡je! — ¿Cómo devolvérsela?... — Pues bien, Nucingen sabe que Tillet tiene una gran fortuna y quiere casarlo con Malvina; pero Tillet desconfía de Nucingen. Para quien ve el juego, esta partida es divertida. — ¿Cómo! — dijo Werbrust, — ¿ya es casadera? ¿Qué pronto envejecemos! — Malvina Aldriger tiene más de veinte años, querido mío. El bueno de Aldriger se casó en 1800. Nos dió hermosas fiestas en Strasburgo cuando su casamiento y el nacimiento de Malvina. Esto ocurría en 1801, cuando la paz de Amiens, y estamos en 1823, papá Werbrust. En aquella época se hacía al estilo de Ossian, y dió á su hija el nombre de Malvina. Seis años después, en tiempo del Imperio, hubo durante algún tiempo un gran furor por las cosas caballerescas y dió el nombre de Isaura á su segunda hija, que tiene diez y siete años. He aquí dos muchachas casaderas. Esas muchachas no tendrán un céntimo dentro de diez años. — Está ahí el ayuda de cámara de Aldriger, aquel viejo que lloriquea en el fondo de la iglesia, que ha visto educar á sus dos señoritas y es capaz de hacer cualquier cosa porque no les falte nunca nada. (Los chantres: ¡*Dies iræ!*) (Los monaguillos: ¡*Dies illa!*) — Taillefer, adiós. Werbrust, oyendo el *Dies iræ* pienso demasiado en mi pobre hijo. — Yo también me voy, porque hace demasiada humedad — dijo Werbrust. (In *favilla*). (Los pobres á la puerta: ¡*Una limosnita, señores*). (El sacristán: *Para las necesidades del templo*). (Los chantres: ¡*Amen!*) (Un amigo: ¡*De qué ha muerto?*) (Un burlón: *De un vaso que se le rompió en el talón*). (Un transeunte: ¡*Sabe usted qué personaje es el que se ha dejado morir?*) (Un pariente: *El presidente de Montesquieu*). (El sacristán á los pobres: *Vamos, váyanse y no pidan nada, que ya nos han dado para ustedes*).

— ¡Qué verbosidad! — dijo Couture.

En efecto, nos parecía oír todo el movimiento que se

produce en una iglesia. Bixiou lo imitaba todo, hasta el ruido que hacen los que acompañan al cadáver, restregando los pies contra el suelo.

— Hay poetas, novelistas y escritores que dicen cosas muy hermosas acerca de las costumbres parisienses — repuso Bixiou; — pero he aquí la verdad acerca de los entierros. De cien personas que vayan á tributar los últimos honores á un infeliz muerto, noventa y nueve hablan de negocios y de placeres en plena iglesia. Para ver algún dolor verdadero, es necesario que concurren circunstancias excepcionálísimas, y aun así y todo, ¿qué dolor hay completamente ajeno al egoísmo?

— ¡Je! ¡je! hizo Blondet. — No hay nada menos respetado que la muerte. ¿Es que ésta será acaso una de las cosas menos respetables que hay?

— ¡Es tan común! — repuso Bixiou. — Cuando las exequias acabaron, Nucingen y Tillet acompañaron al difunto hasta el cementerio. El anciano criado iba á pie. El cochero llevaba el coche detrás del del clero. «Bueno, amigo mío, dijo Nucingen á Tillet al llegar al bulevar, se ha presentado la ocasión de *casarse* con Malvina; usted *segá* el *protectog*, de esta pobre familia desolada, y así tendrá usted una familia; *encontragá* usted una casa montada, sin *contag* con que Malvina es un *vegdadego tesogo*.

— Me parece estar oyendo á ese maldito Nucingen — dijo Finot.

— «Una joven encantadora, repuso Fernando Tillet con calor pero sin entusiasmarse,» — continuó diciendo Bixiou.

— Tillet retratado en una frase — respondió Couture.

— «Podrá parecer fea á los que no la conozcan, pero yo confieso que la encuentro atractiva,» Tillet. «Y con *gazon*, que es lo *mejog* de todo, *queguido mío*. *Segá* abnegada é inteligente. En nuestra maldita profesión no sabe uno de quién *fiagse*, y es una gran dicha el *podeg descansag* en una *mujeg*. Yo *cambiagula* gustoso á Delfina, que ya sabe que me ha *apogtado* un millón, *pog* Malvina, que no tiene una dote tan grande.» «Pero ¿cuánto tiene?» «No lo sé á punto *ciogto*, dijo el barón de Nucingen; pero tiene alguna cosa.» «Sí, pero tiene una madre á quien le gusta mucho el color rosa.» Esta frase puso fin á las tentativas de Nucingen. Después de comer, el barón comunicó á Wilhelmine-Adolphus que apenas le quedaban cuatrocientos

mil francos en su casa. La hija de los Adolphus de Mannheim, reducida á veinticuatro mil francos de renta, se perdió en una serie de cálculos que le embrollaban las ideas. «¡Cómo! le decía á Malvina, ¡cómo! yo siempre he podido disponer de seis mil francos para gastar en costurera. ¿De dónde sacaba el dinero tu padre? Con veinticuatro mil francos no tenemos para nada, estamos en la miseria. ¡Ah! si mi padre me viese tan caída, se moriría de pena si no hubiese muerto ya. ¡Pobre Wilhelmina!» Y se puso á llorar. Malvina, no sabiendo cómo consolar á su madre, le hizo presente que aun era joven y bonita, que le sentaba muy bien el color de rosa y que iría á la Ópera y los Buffones al palco de la señora de Nucingen. De esta suerte sumió á su madre en un sueño de fiestas, de bailes, de música, de hermosos tocados y de éxitos, que comenzó bajo las cortinas de seda azul de un lecho en un elegante cuarto contiguo á aquel en que había expirado dos noches antes el señor don Juan Bautista de Aldriger, cuya historia hemos relatado en pocas palabras. En vida, aquel respetable alsaciano, banquero de Strasburgo, había ganado una fortuna de más de tres millones. En 1800, á la edad de treinta y seis años, en el apogeo de una fortuna hecha durante la revolución, se había casado por ambición y por inclinación con la heredera de los Adolfus, joven adorada por toda una familia y cuya fortuna pasó á sus manos en el espacio de diez años. Aldriger fué nombrado entonces barón por su majestad el emperador y rey, pues su fortuna se duplicó; pero se apasionó por el gran hombre que le había dado un título. Así pues, de 1814 á 1815, se arruinó por haber tomado en serio el sol de Austerlitz. El honrado alsaciano no suspendió pagos, no pagó á sus acreedores mediante la entrega de valores que creía malos, sino que cumplió con todo el mundo y se retiró de la banca, mereciendo así la frase que le prodigó su dependiente Nucingen: «Hombre honrado, pero estúpido.» Hecha la liquidación, le quedaron quinientos mil francos y créditos contra el Imperio que ya no existía. «Hé aquí lo que tiene el creer demasiado en Napoleón»—dijo al ver el resultado de sus negocios. Cuando se ha sido el primero en una villa, y se viene á menos, ¿quién se atreve á permanecer? El banquero de Alsacia hizo como todos los provincianos arruinados; se vino á París, y ostentando las águilas imperiales, se concentró en la sociedad bonapartista. Entregó su capital al

barón de Nucingen, el cual le dió el ocho por ciento, aceptándole sus créditos imperiales con un sesenta por ciento de pérdida únicamente, lo cual fué causa de que Aldriger estrechase la mano á Nucingen diciéndole: «Estaba *seguro de encontrar* en V. un *cogazón* de alsaciano.» Nucingen logró reintegrarse milagrosamente los créditos imperiales por medio de nuestro amigo Lupeaulx. Aunque con grandes apuros, al alsaciano le quedó una renta industrial de cuarenta y cuatro mil francos, y su pena se complicó con el esplin que acostumbran á sentir siempre las gentes que se ven obligadas á retirarse de los grandes negocios. El banquero se impuso el trabajo de sacrificarse por su mujer, cuya fortuna acababa de ser devorada, habiendo sido entregada por ella con la facilidad de una joven que desconoce por completo los negocios. La baronesa de Aldriger reanudó los goces á que estaba acostumbrada, y los placeres de París llenaron el vacío que podía causarle la sociedad de Strasburgo. La casa Nucingen ocupaba, como ocupa hoy, las cimas de la sociedad financiera, y el hábil barón se complació en tratar lo mejor que pudo al barón honrado. La hermosa virtud de éste sentaba bien en el salón de Nucingen. Cada invierno disminuía el capital de Aldriger; pero éste no se atrevía á hacer el menor reproche á la perla de los Adolfus, y su cariño fué de lo más cariñoso é ininteligible que hubo en este mundo. Buen hombre, pero estúpido. Murió preguntándose: «¿qué será de ellas sin mí?» Después, cuando estuvo solo con su criado Wirth, entre dos suspiros le recomendó á su mujer y á sus dos hijas, cual si aquel caribe alsaciano fuese el único ser razonable que hubiese en la casa. Seis años después, en 1826, Isaura contaba veinticinco años y Malvina no estaba casada. Frecuentando el mundo, Malvina acabó por reconocer lo muy superficiales que son las relaciones y lo mucho que se examina y se define todo. Como la mayor parte de las jóvenes que se dicen bien educadas, Malvina ignoraba el mecanismo de la vida, la importancia de la fortuna, el precio de las cosas y la dificultad de adquirir dinero; así es que durante aquellos seis años, cada enseñanza había sido para ella una herida. Los cuatrocientos mil francos dejados por el difunto Aldriger en la casa Nucingen fueron acreditados á la baronesa, la cual echaba mano de ellos, cual de una caja inagotable. En el momento en que nuestro pichón se acercaba á su paloma, Nucingen, co-

nociendo el carácter de su antigua ama, había tenido que franquearse con Malvina acerca de la situación financiera en que se hallaba la viuda, manifestándoles que no les quedaban ya más que trescientos mil francos y que los veinticuatro mil francos de renta habían quedado reducidos á diez y ocho mil. Wirth había sostenido la posición durante tres años. Después de la declaración del banquero, Malvina vendió el coche y despidió al cochero sin que su madre lo supiese. El mobiliario del palacio, que contaba diez años de existencia, no había podido ser renovado. Para los que aman la armonía, no había allí más que medio mal. La baronesa, aquella flor tan bien conservada, había tomado el aspecto de una rosa fría y ajada que queda sola en un rosal á mediados de noviembre. Yo que os hablo he presenciado la degradación de aquella opulencia, y os juro que aquello era espantoso. Aquella fué mi última pena, porque después me dije: «soy un estúpido en tomarme tanto interés por los demás.» Mientras estuve empleado, cometía la tontería de interesarme por todas las casas donde comía; las defendía cuando las atacaban delante de mí y no permitía que las atacasen. ¡Oh! era un niño. Cuando su hija le explicó su situación, la madre exclamó: «pobres hijas mías, ¿quién me hará en lo sucesivo los vestidos? ¡Ah! ya no podré llevar lujo, ni recibir ni frecuentar el mundo.» Vamos á ver—dijo Bixiou cambiando de tema, ¿en qué creéis vosotros que se conoce que un hombre está enamorado? Se trata de saber si Beaudenord estaba verdaderamente enamorado de aquella rubita.

—En que abandona sus negocios—respondió Couture.

—En que se muda de camisa tres veces al día—dijo Finot.

—Una pregunta antes, señores—dijo Blondet.—¿Puede nunca enamorarse un hombre eminente?

—Amigos míos—repuso Bixiou con aire sentimental,—guardémoslo como de un reptil del hombre que, sintiéndose enamorado de una mujer, arroja la punta del cigarro diciendo: «¡Bah! otras hay en el mundo». El gobierno puede emplear á tal ciudadano en los negocios diplomáticos. Blondet, te advierto que Godofredo había dejado la diplomacia.

—Bueno, fué absorbido. El amor es la única probabilidad que tienen los tontos para hacerse grandes.

—Blondet, Blondet, ¿por qué, pues, somos nosotros tan pobres?—exclamó Bixiou.

—¿Y por qué es Finot rico?—repuso Blondet.—Yo te lo diré, hijo mío, y verás como nos entendemos. Mira á Finot como me escancia vino, cual si yo amenazase tocar su llaga.

—Bueno, tú lo has dicho, el absorbido Godofredo trabó amplias relaciones con la gran Malvina, con la ligera baronesa y con la pequeña bailadora, cayendo en el servilismo más minucioso y más astringente. Aquellos restos de una opulencia cadavérica no le asustaron, y poco á poco se fué acostumbrando á aquellos andrajos. Las colgaduras verdes con adornos blancos del salón no llegaron á parecerle nunca ni pasadas, ni viejas, ni dignas de ser reemplazadas. Las cortinas, la mesa del the, las chucherías colocadas sobre la chimenea, la araña, la alfombra que dejaba ver ya la trama, el piano, el salón que precedía al dormitorio de la baronesa con sus accesorios, todo le pareció santo y sagrado. Las mujeres estúpidas en las que la belleza brilla de modo que deja en la penumbra el talento, el corazón y el alma, son las únicas que pueden inspirar semejantes distracciones, pues una mujer de talento no abusa nunca de sus ventajas y es preciso ser pequeña y estúpida para apoderarse de un hombre. Beaudenord me ha dicho que llegó á querer al viejo y solemne Wirth. Aquel viejo extraño sentía por su futuro amo el mismo respeto que siente un creyente por la eucaristía. Aquel honrado Wirth era uno de esos bebedores de cerveza que ocultan su astucia bajo una capa de bondad, como ocultaba el puñal en la manga un cardenal de la Edad Media. Al ver un marido para Isaura, Wirth rodeaba á Godofredo de los ambages y circunlocuciones arabescas de su bondad alsaciana. La señora de Aldriger era profundamente *improper* y encontraba aquel amor la cosa más natural del mundo. Cuando Isaura y Malvina salían juntas é iban á las Tullerías ó á los Campos Elíseos, donde debían encontrar gentes de su sociedad, la madre les decía: «Divertiros bien, hijas mías.» Sus amigos, los únicos que podían calumniar á las dos hermanas, las defendían, pues la excesiva libertad de que gozaba todo el mundo en el salón de los Aldriger lo convertía en un lugar único en París. Dificilmente se hubieran obtenido con millones semejantes veladas, donde se hablaba de todo con gracia, donde no era necesaria la etiqueta rigurosa y donde estaba uno á sus anchas hasta el punto de

pedir de cenar. Las dos hermanas escribían á quienes les daba la gana y recibían tranquilamente cartas en presencia de su madre, sin que la baronesa tuviese nunca la idea de preguntarles de quien se trataba. Aquella adorable madre daba á sus hijas todos los beneficios de su egoísmo; que es la pasión más amable del mundo, toda vez que los egoístas, no queriendo ser molestados, no molestan á nadie y no amargan la vida de los que los rodean con las molestias del consejo, las espinas de la amonestación ni con las triquiñuelas molestas que se permiten las amistades excesivas que quieren saberlo todo é indagarlo todo...

—Me llegas al corazón—dijo Blondet;—pero, querido mío, veo que no cuentas, charlas.

—Blondet, si no estuvieses borracho, me darías lástima. De nosotros cuatro, eres el único literato serio, y cuando yo os hago el honor, á causa de él únicamente, de ir desenvolviendo mi historia, me criticas. Amigos míos, la mayor prueba de esterilidad espiritual es la aglomeración de los hechos. La sublime comedia *El Misántropo* prueba que el arte consiste en construir un palacio sobre la punta de un alfiler. El mito de mi idea está en la varilla de las hadas, que puede hacer de la llanura de Sablons un *Interlachen* en menos de diez segundos, en el tiempo que yo tardeo en vaciar este vaso. ¿Queréis que os haga un relato con la rapidez de una bala de cañón? Nosotros hablamos, nos reímos, y este periodista, biblióforo en ayunas, cuando está borracho quiere que yo dé á mi lengua la estúpida marcha de un libro (fingió llorar). Desgraciada imaginación francesa, pues veo que quieren embotar las agujas de su sátira. *Dies ira*. Lloremos á Cándido y viva la crítica de la razón pura, la simbólica y los sistemas en cinco tomos compactos, impresos por alemanes. Blondet preside el entierro de su suicidio, él que hace en su periódico las últimas frases de todos los grandes hombres que mueren sin decir nada.

—Sigue adelante—dijo Finot.

—He querido explicaros en lo que consiste la dicha de un hombre que no es accionista. ¿No veis ahora á qué precio se procuró Godofredo la dicha más grande que pueda soñar un joven? Estudiaba á Isaura para estar seguro de ser comprendido. Las cosas que se comprenden unas á otras, deben ser similares. Ahora bien, no hay nada que sea semejante á sí mismo más que la nada y el infinito; la nada es la estupidez,

el genio es lo infinito. Aquellos dos amantes se escribieron las cartas más hermosas del mundo, prodigándose las frases de moda: ¡Angel! ¡Arpa eólica! ¡Contigo estaré completo! ¡Hay un corazón en mi pecho de hombre! ¡Débil mujer! ¡Pobre de mí! Godofredo apenas permanecía diez minutos en un salón y hablaba sin pretensión ninguna con las mujeres, las cuales llegaron á juzgarle inteligente, cuando en realidad era de los que no tienen más talento que el que se les atribuye. En fin, juzgad si estaría absorbido: Joby, sus caballos y sus coches pasaron á ser cosas secundarias para su vida y sólo se consideraba feliz hundido en su poltrona enfrente de la baronesa ocupado en ver á Isaura, en tomar té hablando con el pequeño círculo de amigos que iban todas las noches entre once y doce á la calle de Joubert, donde se podía jugar siempre á algo sin temor á perder. Cuando Isaura había sacado su bonito pie calzado con zapato de satén negro y Godofredo lo había contemplado durante algún tiempo, procuraba ser el último en marchar y le decía á Isaura: «Dame tu zapato.» Isaura entonces levantaba el pie, lo apoyaba en una silla, se quitaba el zapato, y le dirigía una mirada, una de esas miradas que ya sabéis. Godofredo acabó por descubrir un gran misterio en Malvina. Si Tillet llamaba á la puerta, los mismos colores que tenía en las mejillas Malvina decían: ¡Fernando! Mirando á aquel tigre humano los ojos de la pobre muchacha se encendían y todo el ser de ésta denotaba un placer infinito cuando Fernando la llevaba junto á una consola ó á una ventana para hablarle aparte. ¡Cuán raro y hermoso es ver á una mujer bastante enamorada para que llegue á ser sencilla y deje leer en su corazón. ¡Dios mío! es esto tan raro en París, como lo es en las Indias la flor que canta. A pesar de esta amistad comenzada el día en que los Aldriger aparecieron en casa de los Nucingen, Fernando no se casaba con Malvina. Nuestro feroz amigo Tillet pareció no estar celoso de la corte asidua que Desroches hacía á Malvina, pues para acabar de pagar sus deudas con una dote que no bajaría de cincuenta mil escudos, el procurador había fingido amor. Aunque profundamente humillada ante la indiferencia de Tillet, Malvina le quería demasiado para cerrarle la puerta. En aquella joven todo alma, todo pensamiento y todo expansión, tan pronto se sobreponía el amor al orgullo, como éste cedía ante el amor ofendido. Tranquilo y frío nuestro amigo Fernando aceptaba aquel cariño, sin

tiendo las tranquilas caricias del tigre lamiendo la sangre que le tiñe la garganta, é iba á buscar allí sus pruebas sin que dejase nunca pasar dos días sin llegarse á la calle Joubert. El pillastre poseía entonces un millón ochocientos mil francos; la cuestión de fortuna debía ser poca cosa á sus ojos, y había resistido, no sólo á Malvina, sino á los barones de Nucingen y de Rastignan. Godofredo no pudo menos de hablar á su futura cuñada de la situación ridícula en que se hallaba entre un banquero y un procurador. «¿Quiere usted sermonearme respecto á Fernando y saber el secreto que hay entre nosotros? le dijo con franqueza. Querido Godofredo, es inútil. El nacimiento de Fernando, sus antecedentes y su fortuna no influyen para nada; de modo que crea usted en algo extraordinario.» Sin embargo, Malvina llamó aparte á los pocos días á Beaudenort y le dijo: «No creo al señor Desroches hombre honrado (lo que es el instinto del amor), quiere casarse conmigo y hace la corte á la hija de un tendero. Yo quisiera saber si me ha tomado tal vez por un si acaso y si el matrimonio es para él un asunto de dinero.» Apesar de la profundidad de su talento, Desroches no podía adivinar á Tillet, y temió que se casase con Malvina. Así es que el muy pillo se había procurado una retirada, pues como apenas ganaba para pagar los intereses de la deuda, su situación era insostenible. Las mujeres no comprenden estas situaciones. Para ellas el corazón es siempre millonario.

—Pero ¿cómo fué que ni Desroches ni Tillet se casaron con Malvina?—dijo Finot.—Explícanos el secreto de Fernando.

—El secreto es el siguiente—respondió Bixiou.—Regla general: una joven que ha dado una vez su zapato, aunque lo niegue durante diez años, nunca se casará con aquel á quien...

—¡Tonterías!—dijo Blondet interrumpiéndole.—También se ama porque se ha amado. El secreto es el siguiente: regla general, no os caséis de sargento cuando podéis llegar á ser duque de Dantzick y mariscal de Francia. Ya veis el conocimiento que hizo Tillet. Se ha casado con una de las hijas del conde de Grandville, que es una de las familias más antiguas de la magistratura francesa.

—La madre de Desroches tenía una amiga, mujer de un droguero, el cual droguero se había retirado con una cuantiosa fortuna—repuso Bixiou.—Esos drogueros suelen tener unas ideas muy absurdas: para dar á su hija una buena edu-

cación la había metido de interna en un colegio. Este Matifat contaba casar bien á su hija por la razón de doscientos mil francos en buen dinero contante y sonante, que no olía nada á drogas.

—¡El Matifat de Florine!—dijo Blondet.

—Sí, el de Lousteau, en fin, el nuestro. Estos Matifat, perdidos entonces para nosotros se habían ido á vivir á la calle de Cherche-Midi, al barrio más opuesto á la calle de los Lombardos, donde habían hecho fortuna. ¡Oh! yo he estudiado bien á esos Matifat. Durante mi época de galera ministerial, he visto originales que me han convencido de que la sombra tiene asperezas y que en la mayor llanura se pueden encontrar ángulos. Sí, querido amigo mío, tal burgués es á tal otro, lo que Rafael á Natoire. La señora viuda de Desroches le había preparado este casamiento á su hija, á pesar del enorme obstáculo que ofrecía un tal Cochin, hijo del asociado comanditario de los Matifat y empleado á la sazón en el ministerio de Hacienda. A los ojos de la señora Matifat, la profesión de procurador parecía ofrecer garantías para la necesidad de una mujer. Desroches se había prestado á los planes de su madre á fin de procurarse una retirada, y por lo tanto, procuraba estar á bien con los drogueros de la calle de Cherche-Midi. Para haceros comprender otro género de dicha, sería preciso describiros á aquellos dos negociantes, macho y hembra, gozando de un jardinito, instalados en un hermoso piso bajo, divirtiéndose en contemplar un charco de agua que brotaba perpetuamente de una mesita redonda de piedra situada en medio de un estanque de seis pies de diámetro, levantándose muy de mañana para ver si las flores de su jardín habían brotado, ociosos é inquietos, vistiéndose por vestirse y siempre entre París y Luzarches, donde tenían una casa de campo en la que yo he comido. Blondet, un día quisieron que yo hablase y les conté una historia desde las nueve de la noche hasta las doce. Estaba yo en la introducción de mi vigésimonono personaje, cuando el padre Matifat empezó á roncar como los otros, después de haber dado cabezadas durante cinco minutos. Al día siguiente todos me felicitaron por el desenlace de mi historia. Aquellos abaceros tenían por sociedad á los señores Cochin, á Adolfo Cochin, á la señora Desroches y á un tal Popinot, droguero en ejercicio que les llevaba noticias de la calle de los Lombardos (un hombre á quien tú

conoces, Finot). La señora Matifat, que amaba las artes, compraba litografías, dibujos en colores y todo lo mejor que encontraba en el mercado. El señor Matifat se distraía examinando las empresas nuevas y jugando algún dinero á fin de procurarse emociones. Una sola frase os hará comprender la profundidad de mi Matifat. El buen hombre acostumbraba á dar las buenas noches á sus sobrinas de este modo: «Ve á acostarte, sobrinas mías» según decía, temía alligirlas tratándolas de usted. Su hija era una joven ordinaria que parecía una camarera de buena casa, que tocaba regularmente una sonata, que tenía una bonita letra inglesa, que sabía el francés y ortografía, y que poseía en fin una bonita educación burguesa. Estaba bastante impaciente por casarse, á fin de abandonar la casa paterna, donde se aburría soberanamente. Desroches ó Cochin hijo, un notario ó un militar, un falso lord inglés, cualquier marido le parecía bien. Como desconocía en absoluto la vida, yo sentí lástima por ella y quise explicarle el gran misterio, pero los Matifat me cerraron la puerta: los burgueses y yo nunca llegaremos á entendernos.

—¿Se casó con el general Gouroud?—dijo Finot.

—En cuarenta y ocho horas, Godofredo de Beaudenord adivinó á los Matifat y su intrigante corrupción—repuso Bixiou.—Por casualidad, Rastignac se hallaba en casa de la baronesa hablando en el rincón del fuego, mientras que Godofredo hacía su relato á Malvina, y como hubiesen llegado algunas palabras á su oído, adivinó de lo que se trataba, sobre todo por el aire agriamente satisfecho de Malvina. Rostignac se quedo en la casa hasta las dos de la mañana, y luego dirán que es egoísta; Beaudenord se fué cuando la baronesa se marchó á acostarse, y una vez que Malvina y Rastignac estuvieron solos, éste le dijo con aire paternal: «Niña querida, no olvide que un pobre muchacho muerto de sueño ha tomado té para permanecer despierto hasta las dos de la madrugada á fin de poder decirle: Cásese. No ponga obstáculos, no se ocupe de sus sentimientos, no piense en el innoble cálculo de los hombres que tienen un pie aquí y otro en casa de los Matifat; no reflexione, cátese. Para una muchacha, casarse es conquistar un hombre que está obligado á mantenerla en una posición más ó menos desahogada. Yo conozco el mundo; jóvenes, mamás y abuelas son todas hipócritas hablando de sentimiento cuando se trata de ma-

trimonio. Ninguna piensa más que en un buen porvenir, y cuando la hija está bien casada, la madre dice que ha hecho un buen negocio. A continuación, Rastignac le desarrolló su teoría acerca del matrimonio, que es, según él, una sociedad de comercio instituída para soportar la vida. «No le pregunto á V. cual es su secreto, ya lo conozco, le dije para terminar. Ya sabe V. cual es mi última frase: cátese. Si no lo hace V., recuerde al menos que yo le he suplicado aquí esta noche que se casase.» Rostignac hablaba con cierto acento que atraía, no, ya la atención, sino la reflexión. Su insistencia era verdaderamente sorprendente. Malvina se sintió tan impresionada por lo que Rastignac le había dicho, que aun pensaba en ello al día siguiente y buscaba en vano la causa de aquel consejo.

—En todo lo que vas diciendo no veo nada que se parezca al origen de la fortuna de Rastignac, y al parecer nos tomas por Matifats multiplicados por seis botellas de champagne—exclamó Couture.

—Ya llegamos—exclamó Bixiou.—Habéis seguido el curso de todos los afluentes que han formado los cuarenta mil francos de renta que tantas gentes mordían. Rastignac tenía entonces entre sus manos el hilo de todas estas existencias.

—Desroches, los Matifat, Beaudenord, los Aldriger, Aiglemont...

—Y aun más—dijo Bixiou.

—Vamos á ver, ¿cómo?—dijo Finot.—Yo sé muchas cosas y no entreveo la solución del enigma.

—Blondet os ha descrito en conjunto las dos primeras liquidaciones de Nucingen. Hé aquí la tercera en detalle—repuso Bixiou.—Desde la paz de 1815, Nucingen había comprendido lo que nosotros no comprendemos hoy: que el dinero sólo es un poder cuando existe en cantidades desproporcionadas. En secreto les tenía envidia á los hermanos Rotschild, poseía cinco millones y deseaba diez. Con diez millones sabía que podía ganar treinta y que no tendría más que quince con cinco. Había, pues, resuelto operar una tercera liquidación. Este gran hombre pensaba entonces pagar á sus acreedores, con valores ficticios conservando su dinero. En la plaza, una concepción de este género no se presenta en forma tan matemática. Semejante liquidación consiste en dar un pastel por un luis de oro á niños grandes, los cuales, al igual que los niños de otros tiempos, prefieren el pastel á

30899

la moneda porque no saben que con la moneda pueden comprar doscientos pasteles.

—Pero ¿qué es lo que dices, Bixiou?—exclamó Couture.—Hoy no pasa semana que no se ofrezcan al público pasteles al precio de un luís de oro. ¿Se le obliga acaso al público á dar su dinero? ¿no tiene derecho á instruirse acerca de lo que hace?

—En fin—repuso Bixiou,—Nucingen habrá tenido dos veces la suerte de dar sin querer un pastel que llegó á valer más de lo que él creía, y esta desgraciada suerte le causaba remordimientos. Semejantes suertes acaban por matar á un hombre. Él hacía diez años que esperaba la ocasión de no engañarse y de crear valores que parecieran valer algo y que...

—Pero explicando de ese modo la banca, ningún comercio es posible—dijo Couture.—Más de un banquero leal ha persuadido á los bolsistas más hábiles para que tomasen valores que habían de sufrir depreciación en un espacio de tiempo dado. Vosotros mismos habéis visto algo mejor que esto. ¿No se han admitido, mediante el consentimiento y aprobación de los gobiernos, valores para pagar intereses de otros á fin de mantener su curso y poder deshacerse de ellos? Estas operaciones tienen más ó menos analogía con la liquidación á lo Nucingen.

—En pequeño—dijo Blondet,—el asunto puede parecer extraño; pero en grande es un negocio de alta banca. Hay actos arbitrarios que son criminales de individuo á individuo y no son nada cuando se extienden á una multitud cualquiera, como ocurre con la gota de ácido prúsico, que es completamente inocente metida en un barreño de agua. Matáis á un hombre y os guillotinan, pero llevados de una convicción gubernamental cualquiera, matáis quinientos hombres y se respeta vuestro crimen político. Robáis cinco mil francos de un secreter y vais á presidio, pero con el cebo de una ganancia cualquiera hábilmente puesto en la boca de mil bolsistas, les forzáis á tomar las rentas de cualquier república ó monarquía en quiebra, emitidas como dice Couture, para pagar los intereses de las mismas rentas, y nadie puede quejarse. Hé aquí los verdaderos principios de la edad de oro en que vivimos.

—La organización de una máquina tan vasta exigía muchos polichinelas—repuso Bixiou.—En primer lugar, la casa

Nucingen había empleado sus cinco millones en un negocio en América, cuyos provechos habían sido calculados de manera que volviesen demasiado tarde. Se había desprovisto de medios con premeditación. Toda liquidación debe ser motivada. La casa poseía en fondos particulares y en valores emitidos unos seis millones. Entre los fondos particulares estaban los trescientos mil francos de la baronesa de Aldringer, los cuatrocientos mil de Beaudenord, un millón de Aiglemont, trescientos mil francos de Matifat, medio millón de Carlos Grandet, el marido de la señorita de Aubrion, etc. Creando él mismo una empresa industrial por acciones con las cuales se proponía pagar á sus acreedores mediante maniobras más ó menos hábiles, Nucingen podía hacerse sospechoso; pero obró con más astucia, haciendo que crease otro la máquina destinada á desempeñar el papel de Misisipi del sistema de Law. La particularidad de Nucingen estriba en valerse, para sus proyectos, de las gentes más hábiles sin comunicárselos. Nucingen soltó, pues, delante de Tillet la idea piramidal y victoriosa de combinar una empresa por acciones, constituyendo un capital bastante fuerte para que pudiese dar buenos intereses á los accionistas durante los primeros tiempos. Intentada por primera vez en un momento en que había muchos necios con capital, esta combinación debía producir una alza en las acciones, y por consiguiente un beneficio para el banquero que las admitiese. Pensad que esto es de 1826. Aunque quedó sorprendido por esta idea tan fecunda como misteriosa, Tillet pensó, como es natural, que si la empresa no salía bien sería motivo para severas críticas, y esto le sugirió la idea de buscar un testaferrero visible que pusiese en movimiento esta máquina comercial. Vosotros ya conocéis hoy el secreto de la casa Claparon, fundada por Tillet, que fué una de sus más hermosas invenciones.

—Si—dijo Blondet,—el editor responsable en asuntos financieros, el agente provocador, el cabrón emisario; pero hoy estamos más adelantados—dijo Blondet,—y ponemos: *Dirigirse á la administración de la casa, calle de tal, número tantos.*

—Nucingen había apoyado con todo su crédito á la casa Carlos Claparon—repuso Bixiou.—Se podía, pues, lanzar sin temor un millón de papel Claparon sobre algunas plazas, y Tillet propuso llevar adelante la casa Claparon. Adopta-

do. En 1825, el accionista aun no estaba gastado en las concepciones industriales. Los *fondos flotantes* eran desconocidos. Los gerentes no se obligaban a no emitir acciones con los beneficios, no depositaban nada en el Banco y no garantizaban nada. No se dignaban explicar la comandita diciéndole al accionista que se tenía la bondad de no exigirle más que mil, quinientos ó doscientos cincuenta francos. No se hacía público que la experiencia *in are publico* no duraría más que siete años, cinco años ó tres años, y que de este modo el desenlace no se haría esperar mucho tiempo. En fin, que aquello era la infancia del arte. Ni siquiera se había hecho intervenir á la publicidad mediante esos gigantescos anuncios por medio de los cuales se estimula á las imaginaciones pidiendo dinero á todo el mundo.

—Esto ocurre cuando nadie quiere darlo—dijo Couture.

—En fin, que no existía la competencia en esta clase de empresas—dijo Bixiou.—Los fabricantes de papel, los laminadores de zinc, los teatros, los periódicos, no se lanzaban como perros tras el accionista expirante. Los hermosos negocios por acciones tan sencillamente publicados, hoy se tratan vergonzosamente en el silencio y en la sombra de la Bolsa. Los cancherberos ejecutaban, financieramente hablando, el aire de la calumnia del *Barbero de Sevilla*; iban *piano, piano*, y sólo se hablaban al oído de la bondad del negocio. Sólo explotaban al paciente y al accionista en el domicilio, en la Bolsa ó en sociedad.

—Pero aunque estemos entre nosotros y podamos decirnoslo todo, vuelvo á insistir en lo dicho—dijo Couture.

—¿Es V. platero, señor Josse?—dijo Finot.

—Finot seguirá siendo clásico, constitucional y reaccionario—dijo Blondet.

—Sí, soy platero—repuso Couture, que era la causa de que Cerizet hubiese sido encarcelado.—Sostengo que el nuevo sistema es infinitamente más leal, menos traidor y menos asesino que el antiguo. La publicidad da origen á la reflexión y al examen; la industria...

—Vamos, ya estamos en la industria—exclamó Bixiou.

—La industria gana con esto—dijo Couture sin hacer caso de la interrupción.—Todo gobierno que se mete en el comercio y no lo deja en libertad comete una grave torpeza: llega al máximun ó al monopolio. A mi juicio, nada está más conforme con los principios de la libertad del comercio

como las sociedades por acciones. Inmiscuirse en ellas es querer responder de los capitales y los beneficios, lo cual es estúpido. En todo negocio, los beneficios son proporcionales al riesgo. ¿Qué le importa al Estado la manera como se obtiene el movimiento rotatorio del dinero, con tal que éste esté en actividad perpetua? ¿Qué le importa que sea rico uno y pobre otro, si siempre hay la misma cantidad de ricos para contribuir? Además, hace ya veinte años que las sociedades por acciones y las comanditas han sido implantadas en el país más comercial del mundo, en Inglaterra, donde todo se examina, donde las cámaras dictan mil ó mil doscientas leyes por sesión y donde un miembro del Parlamento no se ha levantado nunca para hablar contra el método...

—Curativo de las cajas llenas, los timos—dijo Bixiou.

—Vamos á ver—dijo Couture irritado,—un hombre tiene diez mil francos y toma diez acciones de mil francos cada una en diez empresas diferentes... Le roban nueve veces. Esto no ocurre, porque el público ve más de lo que parece, pero yo voy á suponerlo. Sale bien un solo negocio (por casualidad.—Conformes.—No lo han hecho expresamente).—Bueno. El hombre que es bastante avisado para divisar de este modo el negocio, encuentra una magnífica ganancia, como la encontraron los que tomaron las acciones de las minas *Worstchin*. Confesémoslo, señores: las gentes que gritan son hipócritas, desesperados porque no han tenido la idea de un negocio, ni el poder de proclamarlo, ni la astucia de explotarlo. La prueba no se hará esperar. Antes de poco, veréis á la aristocracia, á los cortesanos y á los ministeriales descendiendo en pelotón al terreno de la especulación para implantar en él ideas más tortuosas que las nuestras. ¿Qué cabeza no se necesita para implantar un negocio en una época en que la avidez del accionista iguala á la del inventor? ¿Qué gran magnetizador debe ser el hombre que crea un *Claparon* y que encuentra caminos nuevos que explotar! ¿Sabéis la moral de esto? Que nuestra época no vale más que nosotros y que vivimos en un tiempo de avidez en que nadie se preocupa del valor de la cosa siempre que se pueda ganar en ella endosándosela al vecino, y se la endosa uno al vecino porque la avidez del accionista que cree en una ganancia iguala á la del fundador que se la propone.

—Está bien hoy—Couture, está bien—dijo Bixiou á

Blondet.—Aun va á pedir que le levanten una estatua, cual si fuera un bienecor de la humanidad.

—Sería preciso llevarle á deducir que el dinero de los tontos es por derecho divino patrimonio de las gentes de talento—dijo Blondet.

—Señores—repuso Couture,—riámonos aquí, para desquitarnos de la seriedad que tenemos que guardar en otra parte, cuando oigamos hablar de las respetables sandeces consagradas por las leyes hechas de improvisó.

—Tienes razón—dijo Blondet.—Señores, qué tiempo este en que tan pronto como aparece el fuego de la inteligencia, se le extingue mediante la aplicación de una ley de circunstancia. Los legisladores, salidos casi todos de un pequeño distrito donde han estudiado la sociedad en los periódicos, procuran encerrar el fuego en la máquina, y cuando la máquina salta, entonces vienen los llantos y los rechinamientos de dientes. Un tiempo en que sólo se dictan leyes fiscales y penales. ¿Queréis oír la gran frase que resume lo que ocurre hoy? Es ésta: *Ya no hay religión en el Estado.*

—¡Ah!—dijo Bixiou.—¡Bravo, Blondet! has puesto el dedo en la llaga de Francia, la fiscalización, que ha quitado más conquistas á nuestro país que las vejaciones de la tierra. En el ministerio donde yo estuve siete años, había un empleado, un hombre de talento que había resuelto cambiar todo el sistema de la administración, pero ¡oh! nosotros le dimos una buena batida. Francia sería demasiado feliz, se habría divertido en reconquistar la Europa y nosotros hemos trabajado por el reposo de las naciones. Yo maté á aquel Rabourdin con una caricatura (véase *Los Empleados*).

—Cuando yo pronuncio la palabra religión, empleo la palabra en su acepción más elevada—dijo Blondet.

—Explícate—dijo Finot.

—Hélo aquí—dijo Blondet.—Se ha hablado mucho de los sucesos de Lyon, de la República cañoneada en las calles y nadie ha dicho la verdad. La República se había apoderado de la sedición como se apodera un insurrecto de un fusil. El comercio de Lyon es un comercio sin alma, que no fabrica una bola de seda sin que se la hayan encargado y cuyo pago sea seguro. Cuando cesan los encargos, el obrero se muere de hambre; apenas gana para vivir trabajando, y resulta que los forzados son más felices que él. Después de la revolución de Julio, la miseria llegó hasta el punto de que

el pueblo levantó la bandera *¡Pan ó la muerte!*, que es una de esas proclamaciones que el gobierno hubiera debido estudiar y que era producida por la carestía de la vida en Lyon. Lyon quiere construir teatros y convertirse en una gran capital, siendo esto origen de insensatos impuestos. Los republicanos olieron que la revolución sería engendrada por el hambre y organizaron á los obreros de las fábricas de sedas, los cuales se batieron por partida doble. Lyon tuvo sus tres días; pero volvió á imperar el orden y el obrero en sedas se retiró á su tugurio. El obrero de sedas, probó hasta entonces, convirtiendo en tela la seda que le pesaban, abandonó su probidad al considerar que los negociantes le explotaban y se puso aceite en los dedos: devolvió en tela el mismo peso que le habían dado en seda, pero vendió la seda representada por el aceite, y el comercio de sederías francesas fué infestado de telas de seda manchadas de grasa, lo cual hubiera podido producir la pérdida de Lyon y de una rama del comercio francés. Los fabricantes y el gobierno, en lugar de atajar la causa del mal, obraron como ciertos médicos, empleando un violento tópico para hacerla desaparecer. Era preciso enviar á Lyon una persona hábil, una de esas gentes á quienes se llama inmorales, un abate Terray; pero se echó mano del elemento militar. Las revoluciones produjeron, pues, la seda de Nápoles á dos francos la vara. Estas sedas de Nápoles se venden hoy, y los fabricantes han inventado sin duda no sé qué medio de comprobación. Este sistema de fabricación, tenía que presentarse necesariamente en un país donde Ricardo Lenoir, que es uno de los ciudadanos más grandes que ha tenido Francia, se arruinó por haber dado trabajo á seis mil obreros, sin tener encargos previos y por haber encontrado ministros bastante estúpidos para dejarle sucumbir en la revolución que se operó en el precio de los tejidos el año 1814. Hé aquí el único caso en que el negociante merece una estatua. Ahora bien, aquel hombre es hoy objeto de una suscripción sin suscriptores, mientras que se ha dado un millón á los hijos del general Foy. Lyon es consecuente; conoce Francia, donde no se alberga ningún sentimiento religioso. La historia de Ricardo Lenoir, es una de esas faltas que Fouché juzgaba peores que un crimen.

—Si en la manera como se presentan los negocios hay un tinte de charlatanismo, yo os pregunto dónde comienza y

dónde acaba el charlatanismo, lo que es el charlatanismo — repuso Couture reanudando el relato en el punto en que había sido interrumpido. — Haced el favor de decirme quién no es un charlatán. Vamos á ver, un poco de buena fe, que es el ingrediente social más raro. El comercio que consistiese en ir á buscar por la noche lo que se vendiese durante el día, sería un contrasentido. Un vendedor de cerillas tiene el instinto del acaparamiento. Acaparar la mercancía es el pensamiento lo mismo del tendero más virtuoso de la calle de san Dionisio, que del especulador más desvergonzado. Cuando los almacenes están llenos, es necesario vender. Para vender, hay que animar al parroquiano, y de aquí el rótulo de la Edad Media y el prospecto de hoy. Entre llamar al parroquiano y obligarle á entrar y á consumir, no veo la diferencia de un pelo. Puede ocurrir, debe ocurrir y ocurre frecuentemente que muchos comerciantes toman mercancías averiadas, pues el vendedor engaña incesantemente al comprador. Ahora bien, consultad á las gentes más honradas de París, á los comerciantes más notables, y todos os contarán triunfalmente el engaño que inventaron para despachar una mercancía cuando se la dieron mala. La famosa casa Minard empezó con ventas de este género. Los negociantes más virtuosos os dicen con el aire más cándido esta frase, que supone la improbidad más descarada: «Cada uno sale del paso como puede.» Blondet os ha hecho ver los sucesos de Lyon en sus causas y en sus consecuencias, y yo voy á la aplicación de una teoría por medio de una anécdota. Un obrero en lana, ambicioso y plagado de hijos, cree en la República. Mi hombre compra lana roja y fabrica esos gorros de lana que habréis visto en la cabeza de todos los pilluelos de París, ya sabréis por qué. La República fué vencida. Después del suceso de Saint-Merri, los gorros eran invendibles. Cuando un obrero se encuentra en su hogar con mujer, hijos y diez mil gorros de lana roja que los sombrereros no quieren ni á tiros, se le ocurren tantas ideas como al banquero que tiene que colocar diez mil acciones de un negocio que no le inspira confianza. ¿Sabéis lo que hizo el obrero, aquel Law de arrabal, aquel Nucingen en gorros? Se fué á buscar á un chulo de taberna, á uno de esos gallitos de las barreras, y le rogó que representase el papel de capitán americano y que le fuese á pedir diez mil gorros de lana roja á un sombrerero rico,

que aun tenía uno en su escaparate. El sombrerero cree hallar un negocio con América, corre á casa del obrero y compra al contado los gorros. Ya comprenderéis que después de esto se acabó el capitán americano, aunque hubo un cambio de muchos gorros. Atacar la libertad comercial á causa de estos inconvenientes, sería lo mismo que atacar la justicia so pretexto de que hay delitos que no castiga, ó acusar á la sociedad de estar mal organizada á causa de las desgracias que engendra. De los gorros y de la calle de san Dionisio, á las acciones y al Banco, deducid.

—Couture, ¡una corona! — dijo Blondet poniéndole una servilleta enrollada en la cabeza. — Yo voy más lejos, señores. Si hay algún vicio en la teoría actual, ¿de quién es la culpa? de las leyes, de esos grandes hombres que nos envían las provincias con plétora de ideas morales, ideas indispensables en el transcurso de la vida, á menos de batirse con la justicia; pero estúpidas desde el momento en que le impiden á un hombre elevarse á la altura en que debe mantenerse el legislador. Aunque las leyes impidan el desarrollo de las pasiones (el juego, la lotería, todo lo que queráis), no las extirparán nunca. Matar las pasiones sería matar la sociedad, la cual, si no las engendra, al menos las desarrolla. Así por ejemplo, ponéis trabas al deseo de jugar que existe en el fondo de todos los corazones, lo mismo en el de la joven, que en el del provinciano, que en el del diplomático, pues todo el mundo desea una fortuna gratis, y el juego empieza á ejercerse inmediatamente en otras esferas. Suprimis estúpidamente la lotería, y las cocineras no dejan por eso de robar á sus amos, llevando su robo á una caja de ahorros, siendo la postura de doscientos cincuenta francos, en lugar de serlo de dos, pues las acciones industriales y las comanditas se convierten en loterías, en juegos sin tapete. Las casas de juego quedan cerradas, la lotería no existe ya. «¡Hé aquí ya más moral!» gritan los imbéciles, cual si hubiesen sido suprimidos los riesgos. Sin embargo, se sigue jugando, únicamente que el beneficio no va á parar al Estado, el cual reemplaza un impuesto odioso, sin disminuir los suicidios. No os hablo de los capitales perdidos en el extranjero por Francia, ni de las loterías de Francfort, contra cuya venta dictó la Convención la pena de muerte. Hé aquí el sentido de la necia filantropía de nuestro legislador. El aliento y empuje dado á las cajas de ahorro es una gran necesidad polí-

tica. Suponed una inquietud cualquiera en la marcha de los negocios, y el gobierno habrá creado la *cola del dinero*, como se creó en la revolución la *cola del pan*. Cada caja es una sedición. Si tres pilluelos enarbolan en la esquina de una calle una sola bandera, ya tenemos una revolución. Pero por grande que sea este peligro, me parece menos temible que el de la desmoralización del pueblo. Una caja de ahorro es la inoculación de los vicios engendrados por el interés á gentes que no son retenidas por la educación ni por los razonamientos en sus combinaciones tácitamente criminales. Y hé aquí los efectos de la filantropía. Un gran político debe ser un bandido abstracto, sin lo cual las sociedades van mal dirigidas. Un político honrado es una máquina de vapor que tuviese sentido ó un piloto que hiciese el amor teniendo el timón. Un ministro que roba cien millones y que hace á Francia grande y gloriosa, ¿no es preferible á un ministro enterrado á expensas del Estado, pero que ha arruinado á su país? Entre Richelieu, Mazarino, Potemkin, dueños cada uno en su época respectiva de trescientos millones, y el virtuoso Roberto Lindet, que no supo sacar partido de las contribuciones ni de los bienes nacionales, ó los virtuosos imbéciles que perdieron á Luis XVI, ¿titubearíais? Sigue adelante, Bixiou.

—No he de explicaros — repuso Bixiou, — la naturaleza de la empresa inventada por el genio financiero de Nucingen, lo cual sería tanto más inconveniente, cuanto que existen aún hoy y sus acciones se cotizan en la Bolsa; las combinaciones eran tan reales y el objeto de la empresa tan positivo, que creadas con un valor nominal de mil francos, bajaron hasta trescientos, volvieron á subir á setecientos y hoy están á la par, después de haber sorteado las tormentas de los años 27, 30 y 32. La crisis financiera de 1827 las hizo bajar, la revolución de Julio las aplastó; pero el negocio tiene en el fondo realidades. Nucingen no podía montar nunca un mal negocio. En fin, comoquiera que varias casas de banca de primer orden han participado de este negocio, no sería parlamentario entrar en más detalles. El capital nominal fué de diez millones, capital real siete; tres millones pertenecían á los fundadores y á los banqueros encargados de la emisión de las acciones. Quedó todo calculado para lograr que ganase trescientos francos cada acción durante los seis primeros meses mediante la distribución de un falso dividendo.

Hé aquí, pues, el veinte por ciento de diez millones. El interés de Tillet fué de quinientos mil francos. Nucingen se proponía operar con sus millones hechos con una mano de papel de color rosa y una piedra litográfica. Las acciones reales iban á servir para fundar el negocio, comprar un magnífico palacio y comenzar las operaciones. Nucingen tenía aún acciones en no se qué minas de plomo argentífero, en minas de hulla y en dos canales, acciones beneficiarias concedidas por la creación de estas cuatro empresas en plena actividad superiormente montadas y en favor. Nucingen podía contar con un *agio* si las acciones subían, pero el barón lo descuidó por cálculo dejándolo á flor de agua á fin de atraer peces gordos. Había amontonado, pues, sus valores, como Napoleón reunía á sus tropas, á fin de liquidar durante la crisis que se dibujaba y que causó una revolución en las plazas europeas los años 26 y 27. Si hubiése tenido su príncipe de Wagram, habría podido decir como Napoleón desde lo alto del Santón: «Examinad bien la plaza tal día y tal hora, y hallaréis fondos esparcidos». Pero ¿en quién podía confiar? Tillet no sospechó siquiera su compadrazgo involuntario. Las dos primeras liquidaciones habían demostrado á nuestro poderoso barón la necesidad de procurarse un hombre que pudiese servir de pistón para obrar sobre el acreedor. Nucingen no tenía ningún sobrino, no se atrevía á tomar un confidente y necesitaba un hombre adicto, un Claparón inteligente dotado de buenos modales, un verdadero diplomático, un hombre digno de ser ministro y digno de él. Semejantes relaciones de amistad no se forman en un día ni en un año. Por aquella época Rastignac había sido bien camelado por el barón, y al igual que el príncipe de la Paz, que era tan amado por el rey como por la reina de España, creía haber conquistado en Nucingen un magnífico primo. Después de haberse reído de un hombre cuyo alcance desconoció mucho tiempo, había acabado por rendirle un culto grave y serio, reconociendo en él la fuerza que creía poseer sólo. Desde su llegada á París, Rastignac se sintió inclinado á despreciar la sociedad entera. Desde 1820, pensaba, como el barón, que sólo hay apariencias de hombre honrado y consideraba el mundo como la reunión de todas las corrupciones y de todas las bribonadas. Si admitía excepciones, en cambio condenaba á la masa: no creía en ninguna virtud y sí únicamente en circunstancias en que el hombre es